



Pol Morillas

Investigador principal, CIDOB

Héctor Sánchez Margalef

Investigador, CIDOB

¿Son siempre los juegos olímpicos motor de crecimiento y desarrollo? ¿O pueden convertirse también en la antesala de crisis y cambios profundos? Los Juegos de Atenas de 2004 tenían que ser la guinda del pastel de la transformación de Grecia en un país moderno. El país se encontraba plenamente integrado en el proyecto europeo –más de dos décadas después de su adhesión en la UE– y a los pocos años de adoptar el euro como moneda. Sin embargo, los juegos se acabaron convirtiendo en un síntoma de lo que sucedería diez años más tarde, con Grecia sumida en una profunda crisis económica y la transformación de su sistema político.

Atenas ya había presentado su candidatura para organizar los juegos de 1996, que finalmente ganó Atlanta. Ese año se conmemoraban los 100 años de los primeros juegos olímpicos modernos, que se habían celebrado en Atenas en 1896. La ciudad partía como favorita gracias al elemento simbólico del centenario pero, en las dos últimas rondas de votaciones, el jurado se decantó por Atlanta tanto por la rotación continental como por el temor de que la capital griega no fuera capaz de cumplir con los plazos de construcción necesarios. Algunos indicios apuntaban ya a futuras complicaciones en el binomio Atenas y juegos olímpicos, aunque la decepción fue subsanada cuando Atenas fue escogida para albergar los juegos en la reunión del Comité Olímpico Internacional (COI) de Lausana en 1997.

Los Juegos de Sídney de 2000 dejaron el listón alto. El entonces presidente del COI, Juan Antonio Samaranch, los definió como los mejores de la historia en términos de organización. Los partidos centrales de la escena política griega se esforzaron en demostrar que la inversión pública estaría a la altura. El Gobierno del partido socialdemócrata PASOK, bajo el liderazgo de Costas Simitis, empezó los preparativos incurriendo en altos volúmenes de gasto público que, en más de una ocasión, se tradujeron en acusaciones de corrupción y de desvío de fondos provenientes de la UE.

Cuando el partido conservador Nueva Democracia se impuso en las elecciones de marzo de 2004 como consecuencia de estos escándalos, trató

de capitalizar el éxito de los futuros juegos olímpicos. Para esas fechas el déficit público era del 3,2% y la deuda pública –superior al 100% del PIB– había sido destinada a pagar las infraestructuras de los juegos. Tanto el PASOK como Nueva Democracia justificaron el gasto total de 16.000 millones de dólares, según diversos cálculos, que costaron los juegos con los beneficios que revertirían en forma de inversión, turismo, puestos de trabajo, la apertura de la ciudad y el país al resto del mundo y el desarrollo urbanístico y de infraestructuras.

A nivel de inversiones, los juegos tuvieron dos caras. Por un lado, la ciudad de Atenas se renovó y amplió su red de metro y construyó un nuevo aeropuerto; pero, por el otro, las instalaciones olímpicas suscitaron dudas razonables sobre su reaprovechamiento y costes de mantenimiento. Los puestos de trabajo generados se caracterizaron por ser de baja calidad, temporales y mal pagados, y en numerosas ocasiones se incurrió en gastos extraordinarios, como un sistema de seguridad que acabó costando 20 veces más de lo presupuestado. Algunos argumentaron que la economía griega –pequeña y dotada de un sistema productivo deficitario– no era capaz de absorber el agujero económico que originan unos juegos olímpicos. El actual estado de las instalaciones olímpicas y el elevado precio de mantenerlas demuestran la falta de estrategia y visión a largo plazo de las autoridades al mando del evento.

Si hubo una corriente política que se pronunció en contra de la organización de los juegos fue la extrema izquierda, que centró buena parte de sus críticas en la deuda que dejarían los juegos para las futuras generaciones. Tanto el KKE (Partido Comunista Griego) como Synaspismos (la coalición de izquierdas de la que surgiría la actual Syriza) advirtieron de la inviabilidad de acoger los juegos. En un momento de bonanza económica, las críticas no calaron entre la sociedad griega. En las elecciones de 2004, el KKE y Synaspismos no llegaron al 10% de los votos, mientras que PASOK y Nueva Democracia obtuvieron el 86%. Pero la crisis de la deuda soberana de Grecia en 2009 hizo revivir el fantasma de los juegos.

Las elecciones de mayo de 2012 vieron cómo Syriza se convertía en el principal partido de la oposición. Alexis Tsipras afirmaba entonces que las tasas de crecimiento de la última década –que llegaron a cuotas del 7% y el 8%– no se habían traducido en mayor bienestar para los ciudadanos griegos sino en desigualdad creciente. Acusaba a los gobiernos de PASOK y Nueva Democracia de destinar los beneficios del crecimiento a las oligarquías del país, que se beneficiaron en gran medida de los contratos de los juegos olímpicos. En 2014, diez años después de los juegos y en plena crisis económica y financiera, los griegos percibían que la celebración de los juegos fue una mala inversión, que contribuyó a aumentar la deuda y el déficit griego y dejó un legado impagable.

Syriza ganó las elecciones de enero de 2015 gracias a un mensaje de renovación de la política griega, la promesa de acabar con las políticas de austeridad y la lucha contra las desigualdades. Los juegos olímpicos de 2004 fueron otra evidencia más de las malas praxis políticas y económicas de los partidos políticos tradicionales. Para algunos de sus dirigentes, si la deuda pública griega alcanzó el 120% del PIB en 2009 –lo que desencadenó la crisis griega– fue en parte como consecuencia de las inservibles infraestructuras levantadas para los juegos y una

cultura de «enriquecimiento artificial» del país. Contrariamente a otras experiencias de juegos olímpicos como adalid de desarrollo, la gestión de los de Atenas fue aprovechada por Syriza para evidenciar la existencia de unas élites extractivas y la necesidad de renovar la escena política y económica griega.

